

Cancún: el plante de los países del Sur

La Conferencia de Cancún de la OMC terminó sin el menor acuerdo. Desde Seattle la OMC repite fracasos. La novedad de Cancún fue el plante rotundo de los países emergentes y los más pobres, al bloque formado por los EE UU y la UE. Frente a las tres cuartas partes de la población mundial, que depende de los recursos agrícolas, los países del Norte siguen practicando una política proteccionista mientras exigen a éstos que levanten las barreras arancelarias con las que intentan proteger su industria incipiente. Finalmente, los pobres perdieron el respeto a una organización que favorece, sobre todo, intereses corporativos.

La Conferencia Ministerial de la Organización Mundial del Comercio (OMC), celebrada en Cancún (México) del 10 al 14 de setiembre pasado, terminó sin el menor acuerdo. Desde Seattle (diciembre 1999), la OMC repite fracasos: la última Conferencia Ministerial de Doha, hace dos años, estuvo a punto de naufragar de la misma manera y solamente la llamada a dar un mensaje de optimismo y cohesión ante la gravedad de la situación internacional tras el 11-S consiguió arrancar un acuerdo

mínimo, pero a costa de dejar intactos los temas de agricultura y servicios. Este mismo año, la reunión informal de Tokio (15 de febrero) y la de Ginebra (el 31 de abril) tampoco lograron fijar un borrador común para el problema central de la liberalización de los productos agrícolas. Así pues, el fracaso de Cancún no constituyó ninguna sorpresa.

La novedad de Cancún fue el plante rotundo de los países emergentes y los más pobres al bloque formado por los EE UU y la UE. Las tres cuartas partes de la población mundial viven en áreas rurales (la inmensa mayoría, en los países del Sur) y depende, por tanto, de los recursos agrícolas. Ahora bien, los países del Norte siguen practicando, en materia agrícola, una durísima política proteccionista que está hundiendo las agriculturas de los países del Sur, mientras exigen a éstos que levanten las barreras arancelarias con las que intentan proteger su industria incipiente. Finalmente, los pobres perdieron el respeto a una organización (la OMC) que favorece, sobre todo, intereses corporativos.

Síntomas de un mal profundo

El inusitado final de la cumbre de Cancún se parece mucho a la reacción ante una situación desesperada. La miseria en la que está sumida la mayor parte de la humanidad es conocida de todo el mundo. Baste recordar unos pocos hechos que constituyen en sí mismos signos evidentes de la gravedad de la situación.

El Informe sobre Desarrollo Humano, dado a conocer por la ONU este mismo verano, recuerda que cada vaca europea recibe dos dólares diarios en concepto de subvenciones de la PAC (Política Agraria Común), es decir, el mismo dinero del que dispone casi un 40% de la población mundial.

La prensa mundial recogió la muerte de Lee Kyang Hae, presidente de la Federación de Campesinos y Pescadores de Corea del Sur, que se hizo el *hara-kiri* en el transcurso de una manifestación por las calles de Cancún. Pero, además, desde abril de este año, unos 220 granjeros

Cancún: el plante de los países del Sur

indios se han suicidado solamente en el Estado indio de Karnataka (cuya capital es Bombay), tras ver malogrados los cultivos con los que esperaban pagar los créditos que habían suscrito.

Desde hace diez mil años, el maíz constituye la base de la alimentación de los indígenas mexicanos. Quince millones de mexicanos viven de este cultivo y producen 20 millones de toneladas, una cantidad insignificante en comparación con los 220 millones de los Estados Unidos, producto bandera de las exportaciones agrícolas del vecino del Norte. En México, el maíz norteamericano se vende actualmente 20 dólares por debajo de su precio de producción (*dumping*).

Consecuencia: el precio del maíz en el mercado mexicano ha bajado un 70% desde 1994. Y la producción local se encuentra amenazada.

EE UU concede 4.000 millones de subsidios a sus 25.000 productores de algodón, con lo que mantiene en la miseria a 10 millones de productores africanos de esta fibra. Una sola plantación algodонера de Arkansas, la US Tyler Faros, recibió en 2001 seis millones de dólares en subsidios, cifra que equivale a los ingresos totales de 25.000 agricultores de Mali.

España tiene 10.000 productores de algodón; África, 10 millones. Para Benin, por ejemplo, el algodón supone el 70% de sus exportaciones.

«Por cada dólar de ayuda que concedemos al Sur, nos llevamos del Sur dos dólares como consecuencia del comercio no equitativo» (*The Independent*, Londres, 10-09-03).

El arancel medio que han de pagar los productos camboyanos que se exportan a EE UU es del 16%, mientras que el de los productos franceses no llega al 2%.

Ambos bloques –Norte y Sur– están de acuerdo en que el objetivo final es la liberalización del comercio internacional para activar la producción, reducir los costes e incrementar la riqueza de todos. Pero, mientras el Norte considera lo más urgente suprimir las barreras arancelarias en industria y servicios, para el Sur lo primero que hay que suprimir –y en lo que menos se ha avanzado– son los subsidios a la agricultura, único sector en el que el Sur es competitivo. Ahora bien,

para el Sur rebajar sus aranceles sería doblemente suicida: significaría el fin de su incipiente industria y la desaparición de sus principales recursos fiscales: un verdadero nudo gordiano que habrá que cortar por algún lado. La ronda de Doha, denominada «ronda del desarrollo» había permitido esperar que se empezaría por la agricultura, en beneficio de los menos desarrollados. Pero el Norte siguió pensando que no había llegado aún el momento de hacerlo.

EE UU y UE aliados frente al Sur

Para cualquier país, incluso los más desarrollados, la agricultura no es solamente un sector económico importante, es también un instrumento indispensable para la protección de la biodiversidad, del medio ambiente y de su seguridad alimentaria. Resulta, pues, comprensible que el Norte proteja a sus agricultores. Por otra parte, Europa es el principal comprador de productos agrarios, de los que importa más que EE UU, Canadá, Australia y Japón juntos, principalmente a través de los acuerdos concluidos con un grupo de más de 70 países de África, Caribe y Pacífico (ACP). Pero está convencida de que su agricultura seguirá necesitando ayudas, ya que apenas un millón de los seis millones de explotaciones europeas puede obtener en el mercado mundial un precio que cubra sus costes de producción. Y aquí es donde empieza el problema, porque, lo mismo que la norteamericana, la agricultura europea está centrada en la exportación y –al igual que ella–, al estar fuertemente subvencionada, produce dos «efectos colaterales»: deprimir los mercados mundiales y destruir los mercados locales del Sur.

Por otro lado, el sistema de subsidios a la agricultura ha fomentado la aparición de falsos productores o de cazaprimas, y una distribución de ayudas percibida como injusta y desequilibrada, lo cual ha erosionado gravemente su legitimidad ante la misma opinión pública europea. La mitad de todos los pagos directos realizados por la PAC –unos 11.000 millones de euros– van a parar al 5% de beneficiarios de mayor tamaño, concentrados en áreas como la cuenca de París, la Baja Sajonia y East

Anglia (Reino Unido). A pesar de la reforma de la PAC, los pequeños productores seguirán perdiendo, especialmente en países como España, donde la vulnerabilidad del sector agrícola es elevada y la eficiencia del mercado baja. Además, muchos de los beneficios de la PAC se transfieren a los procesadores agrícolas: en el sector azucarero, por ejemplo, una sola empresa –British Sugar– recibe unos 123 millones de euros. Y el conjunto del sistema produce efectos tan aberrantes como el siguiente: la UE importa azúcar de los países ACP al precio de 620 dólares la tonelada; pero el producto refinado y reexportado es vendido a menos de 200 dólares la tonelada; a lo cual hay que añadir 3,6 millones de toneladas de producción interna que se exportan también en las mismas condiciones, lo cual provoca el desplome de los precios mundiales del azúcar refinado. Si la protección del pequeño agricultor resulta hasta cierto punto comprensible, no se ve cómo puede justificarse tan masivo apoyo a los poderosos grupos empresariales agroexportadores.

Poco antes de la Conferencia de Cancún, la UE llevó a cabo una reforma de la PAC, pero manteniendo el mismo gasto en subsidios a la exportación y dejando intactos los sectores del azúcar y los lácteos. Una complicada operación que rebajaba por un lado y recuperaba por el otro y que las ONG del Norte consideraron como un subterfugio. Europa consideró que, así, podía presentarse en Cancún con la frente alta y exigir a los EE UU y a los otros grandes exportadores el mismo nivel de compromiso para no poner en peligro la Conferencia.

Los EE UU, por su parte, superan ampliamente a la UE en su política de subsidios a la agricultura y a las grandes firmas agrarias. Su presupuesto agrícola dobla al de la UE, siendo así que sólo cuenta con dos millones de agricultores frente a los siete de la UE. El *Farm Hill* firmado por el presidente Bush en mayo del año pasado aumentó en un 70% las ayudas agrícolas.

Por todo ello, europeos y estadounidenses no han cesado de lanzarse acusaciones mutuas de alterar gravemente el comercio agrícola mundial. Hasta que, en vísperas de la Conferencia de Cancún y ante la cada vez más decidida oposición de los países del Sur, vieron la

necesidad de presentar un frente común: el 14 de agosto hicieron público un vago acuerdo mutuo para liberalizar el comercio agrícola mundial —que controlan en un 45%—, tan vago que no incluía cifra alguna. Fijaron también una táctica común: ceder lo mínimo y siempre a cambio de una mayor apertura del Sur en nuevos sectores —los llamados «temas de Singapur» (inversiones, competencia, contratación gubernamental y facilitación del comercio; todos ellos un tanto alejados del comercio propiamente dicho), con los que harían pagar a los países del Sur sus propias concesiones en materia agropecuaria. El más temible era el proyectado acuerdo sobre inversiones que podría suponer una considerable limitación en la capacidad de los gobiernos del Sur para programar y controlar las inversiones extranjeras. Si estos países se resistían a aceptar los «temas de Singapur», el Norte rechazaría la negociación agrícola, lo cual le permitiría seguir incumpliendo los acuerdos firmados en la ronda de Uruguay. Una vez más, estaban decididos a imponer el doble rasero.

Toda esta presión se ejerció sobre unas economías ya de por sí excesivamente abiertas y desprotegidas que no consiguen crear un mercado interior. Tal es sobre todo el caso de África subsahariana, que, en proporción a su producto bruto, es una economía más abierta que la de los países de la OCDE (su sector exterior alcanza el 30%, mientras no llega al 25% en este grupo de países desarrollados). En el Norte, en cambio, el proteccionismo va en aumento: en Europa las reacciones nacionalistas contra la UE (en Suecia, por ejemplo) no permiten avanzar en materia de apertura de mercados a unos gobiernos conservadores con fuerte apoyo en su electorado rural. EE UU, con una balanza comercial que se acerca a los 500.000 millones de dólares de déficit, no está dispuesta a reducir sus exportaciones agrícolas, incluso inventa nuevos sistemas de protección para su siderurgia.

Cancún y la OMC

Era inevitable: la respuesta al bloque formado por las dos grandes potencias fue la constitución —ya en la reunión de Ginebra— de otro

bloque que recibió el apelativo de G-21, constituido por 21 países emergentes –y apoyado por otros muchos que no se atrevían a figurar explícitamente en él– (al final de la Conferencia, con la adhesión de Tanzania y Turquía, llegarían a ser 23). Entre sus miembros fundadores destacó el quinteto formado por Brasil (que ejerció de líder), China (era su primera participación en una Conferencia de la OMC), India, Suráfrica y Argentina; él solo, dicho quinteto representaba el 65% del campesinado mundial. El G-21 tuvo la osadía de presentar un borrador alternativo con una serie de propuestas para el desarme arancelario de los EE UU y la UE. Fischler, comisario europeo de Agricultura, calificó de «locos que pretenden la luna» a quienes lo habían firmado. Éstos decidieron, además, no aceptar nuevos temas (como los «de Singapur») mientras las potencias del Norte no empezaran a cumplir los acuerdos que habían asumido en la ronda Uruguay.

En teoría, los países del Sur tenían todas las de ganar porque la OMC es la única institución internacional en la que rige el principio de «un país, un voto». Pero, de hecho, en la OMC nunca se vota y las decisiones se toman por «consenso». Se considera que «el que calla, otorga», y muchos países pobres, con el agua al cuello y sometidos a fortísimas presiones, callan. Los borradores de trabajo no llevan firma ni se sabe quiénes han presentado enmiendas. El trabajo principal se hace en reuniones informales (en las famosas «salas verdes») previa invitación a grupos selectos de países, reuniones de las que no se levanta acta. Hasta que, tras muchos silencios comprados o forzados, el presidente considera que se ha logrado el consenso... a menos que alguien se atreva a dar un puñetazo en la mesa, que es lo que ha sucedido esta vez.

Conclusión

Las potencias del Norte habían apostado por que la diversidad de intereses entre los más pobres y los países emergentes del Sur haría estallar su coalición. Pero se equivocaron y su estrategia fracasó. Lo cual tampoco quiere decir que el Sur haya ganado. Los países

latinoamericanos, por ejemplo, tendrán que negociar ahora en el marco del ALCA (Acuerdo de Libre Comercio con las Américas), cuyos planteamientos son peores aún que los de la OMC. El fracaso de Cancún significa un nuevo golpe contra el multilateralismo, ya que la OMC es el único foro comercial donde los pobres pueden hacer oír su voz. A corto plazo, han vuelto a ganar los EE UU: a un año de las elecciones presidenciales —el problema es que siempre hay alguna elección pendiente—, el Gobierno no ha «traicionado» a sus electores. Además, al final de la Conferencia, el representante norteamericano, R. Zoellick, amenazó con que su Gobierno diferenciaría en adelante entre los Estados que «cooperaron» en Cancún y los demás: la vieja táctica del «divide y vencerás».

Por tanto, a corto plazo, y una vez más, los países del Sur son los perdedores: los mercados del Norte seguirán tan cerrados como antes a sus productos agrícolas, mientras los suyos propios son inundados por el grano, la carne, la leche y el azúcar subvencionados del Norte. Sin embargo, el «no» de Cancún puede significar también el comienzo de una nueva era. «El éxito que ha emergido de esta Conferencia —según un portavoz surafricano— ha sido la unidad alcanzada por los países en desarrollo». El Sur ha dicho en voz alta que no se puede negar la posibilidad de desarrollo a una zona en la que se concentra el 98% del crecimiento demográfico de la humanidad.

Finalmente, ha quedado patente que la OMC no funciona en los temas en los que la liberalización del comercio es más urgente. Por ello, se habla ya de la necesidad de reformarla, de integrarla más en la ONU, de modo que pueda realizar una labor más coherente con la de los demás organismos de las Naciones Unidas: OIT, OMS, etc. No menos necesaria sería la creación de un Consejo de Seguridad Económica en el que estuvieran equitativamente representados los grandes países industrializados, las economías emergentes y los países pobres, de modo que pueda corregirse la actual pseudoglobalización, restringida a lo que conviene a las empresas y gobiernos de los países económica y militarmente dominantes. ■